

colección rúbrica



PABLO VILABOY



UN DÍA AZUL EN CORUÑA

esstudio
ediciones

Un día azul en Coruña

—Hoy hasta el aire es azul —musitó Zoé al salir del imponente edificio modernista donde el doctor Salgado tenía su consulta.

Al encaminarse hacia la avenida de la Marina, los ojos de Zoé se anegaron de turquesa y celeste y supo que atesoraría aquella implosión de dicha que la poseía como uno de los instantes más trascendentales de su existencia.

«Esta vez no se trata de una falsa alarma», le había dicho el doctor Salgado en cuanto se sentó frente a él, todavía molesta a causa de la exploración vaginal a la que la había sometido.

«Entonces no sentí nada», pensó Zoé con una perplejidad que el embiste del oleaje de felicidad que ahora la embargaba pronto hundió en las profundidades de lo anecdótico.

«Zoé, va a ser madre», parecía susurrar la brisa atlántica de la límpida mañana primaveral coruñesa. Después de seis largos años de lucha, la vida se abría camino en su interior. Ella y Juan habían combatido casi hasta el límite de sus fuerzas y habían vencido. En aquel momento radiante, mientras la bahía se expandía ante sí, Zoé no

quería ahondar en las cicatrices que la frustrante búsqueda de un hijo había dejado en ella y su marido.

«Volveremos a reencontrarnos en el placer», fue un pensamiento que la asaltó por sorpresa e hizo que se sonrojara con excitada intensidad.

El rubor de Zoé ardió brevemente bajo el sol blanco en el que se desintegraban las siluetas de las gaviotas para sumirse luego en una palidez gélida cuando se topó de bruces con una sombra del pasado.

—¡Zoé! ¡Eres tú! ¿De verdad eres tú?

Ella era Zoé y él era Arturo. Ambos lo habían sido todo el uno para el otro.

—Sí. Claro que soy yo —se escuchó decir Zoé azuzada por un desasosiego incontenible.

Tras una década de separación y desconocimiento, allí estaban los antiguos habitantes de un edén perdido.

La sonrisa picaruela de Arturo seguía siendo calcinadora pero las arrugas que la enmarcaban tenían una mayor profundidad. Los ocho años que le llevaba a Zoé se evidenciaban inclementes en aquel rostro bello y varonil ya entrado en la cuarentena. El cuerpo macizo donde por vez primera Zoé había hallado una verdadera patria de amor aún conservaba una imponente solidez. La cabellera cenicienta que siempre había constituido su seña de identidad mantenía la rebeldía ondulante de sus treinta años, y fue en uno de sus ramilletes de bucles donde los dedos de la mano derecha de Zoé quedaron ensortijados al doblegarse su voluntad al

impulso irreprimible de volver a sentir el tacto sedoso de esos pelos desgreñados.

No bien hubo susurrado un «perdona» henchido de vergüenza, comenzó a retirar la mano de la marejada cenicienta que delimitaba las facciones del hombre, pero él la detuvo tomándola entre las suyas.

—¿Homenajeando el final de *Tal como éramos*?
—preguntó su antiguo amado con un deje de melancolía en la voz.

—No seas bobo. Ni tú eres Robert Redford ni yo soy Barbra Streisand —contestó Zoé zafándose de las manos cálidas de Arturo.

—Estás mucho mejor que ella ahora... ¡Dónde va a parar!

Los dos rieron al unísono y en esas carcajadas acompasadas sus miradas conectaron con una suerte de indefensión rozagante.

Las palabras de uno y otra fueron engarzándose poco a poco, con deleitación y fluidez, y una vez sentados en una de las terrazas de los soportales de la Marina, la familiaridad de su comunicación era ya honda y cálida.

—Siete años de casada... ¡Qué barbaridad!

—¿Asombro de solterón recalcitrante?

—Puede ser... No te imaginaba casada.

—Ni yo a ti... solo.

—Quizás es lo que me merezco... La soledad —replicó Arturo encogiéndose de hombros mientras depositaba su mirada en una de las barcazas de la ruta Coruña-Sta. Cristina.

—No pretendía ser mordaz —se disculpó ella acusando el golpe que le había infligido el desvalimiento que vertebraban aquellas palabras.

—En una de esas barcazas nos besamos por primera vez.

—...y culebreaste por debajo de mi falda por primera vez también.

Arturo la miró nuevamente de frente y volvió a arroparla con su sonrisa.

—¿Cuándo has regresado a Galicia?

—Nunca me fui realmente de aquí —respondió él, jovial—. Después de pasar dos meses en París decidí que aquello no era para mí y regresé a la tierraña. Posteriormente me fui a vivir a Betanzos y hasta hoy.

Durante unos segundos el corazón de Zoé pareció detenerse. Tan fugaz como esa sensación fue la visión poliédrica que irrumpió en su mente, llenándola de imágenes de hechos pasados, puntales de una existencia encuadrada en los diez años que la habían alejado del dolor lacerante del abandono.

—Durante todos estos años has vivido a veinticinco kilómetros de Coruña... —dijo en un hilo de voz.

—Tan cerca... tan lejos.

El tono burlón del comentario la irritó pero supo disimular su contrariedad con una expresión dulce que paradójicamente hizo que Arturo se pusiera serio.

—Jamás he dejado de tenerte presente.

—No es necesario que digas eso —repuso ella con entonación quebrada.

—¡Precisamente...!

Él pasó entonces a hacerle un resumen, a ratos rutinario, a ratos singular, de aquella década de distanciamiento. Zoé le escuchó sumida en un estado de mutismo hipnótico que anestesió cualquier atisbo de reacción sentimental a lo que Arturo iba relatando. Había puesto en marcha varios negocios relacionados con el turismo rural, había tenido bastantes parejas a lo largo de esos diez años pasados, no se hablaba con nadie de su familia y había establecido finalmente su hogar en una casa que había pertenecido a un indiano. Aquellos fueron los únicos datos que permanecieron en la mente de Zoé una vez finalizado su relato.

—Te hacía en París... triunfante.

—¿En qué tenía que triunfar?

—Allí se iban a cumplir tus sueños, ¿recuerdas?

Esta réplica, dicha en un tono doliente pero amable, hizo palidecer a Arturo. Zoé sintió florecer en su boca un «lo siento» exultante de ternura que no permitió que tomara forma en sus labios.

Un silencio incómodo desplegó sus alas entre ambos, sumergiéndolos en pensamientos abisales que los mantuvieron anclados fuera de la vivencia del momento durante un rato.

—Todos perdemos cosas por el camino, Zoé... cosas y personas —dijo al fin Arturo como despertando de un profundo letargo.

—A mí no me perdiste. Me abandonaste.

—La culpa no ha dejado de azuzarme a causa de ello.

Dos lágrimas surcaron, raudas y traicioneras, las mejillas de porcelana de Zoé. Arturo adelantó sus manos con la intención de atraparlas pero ella se apartó con un ademán firme que le hizo desistir abruptamente de su propósito.

—¡Cuántas veces te hice llorar...! —se lamentó dando un puñetazo en la mesa.

Las entrañas de Zoé, allí donde anidaba la nueva vida creada, se convirtieron en volcán de compasión.

—Me duele que hables de culpa. Sufrí. Huiste de Coruña, de tus circunstancias... de mí. De repente la inmensidad de mi amor por ti se encontró sin un sol que rigiera su órbita. Estuve perdida durante mucho tiempo y aquella herida de desencanto ha carcomido mi posterior manera de amar. Ni te imaginas la de veces que fantaseé con la idea de este reencuentro... Tenía tan claros los reproches que iba a hacerte... Ansiaba dejarte tocado y hundido. Me veía saliendo victoriosa del reto de verte de nuevo. Pero todo cambió hace tres años. Laura se mató con su coche... y eso me hizo entenderte.

—Laura... muerta... —balbució a duras penas Arturo.

—Sí, y cuando digo que se mató con su coche, lo digo literalmente. Habían empezado a manifestársele

los primeros síntomas de la E.L.A. que le habían diagnosticado hacía un tiempo y decidió cortar por lo sano arrojándose con su coche por los acantilados de Cabo Ortegaleja... Una muerte terrible y hermosa.

La cara de Arturo traslució una lucha pasajera entre la consternación y la curiosidad de la que salió victoriosa la última como se vio reflejado en la pregunta que formuló tras permanecer respetuosamente callado medio minuto.

—Dices que la muerte de Laura logró que me entendieras.

La inconfundible voz de Glen Medeiros cantando *Nothing gonna change my love for you* sobrevoló el ambiente apacible de la bahía desde alguna de las niveles galerías acristaladas de la avenida de la Marina y Zoé se retrotrajo involuntariamente hasta un pasado en el que ella arrullaba a Arturo con esa melodía después de alcanzar el clímax cabalgando sobre su miembro grueso y ligeramente curvado hacia arriba.

Aquella lúbrica remembranza la hizo sonreír y durante unos instantes su mente se apartó de la reflexión íntima que estaba guiando su confesión.

—Perdona... esa canción...

Arturo respiró hondo y asintió con la cabeza.

En ese reconocimiento mutuo encontró ella el impulso preciso para volver a orientar el hilo de sus pensamientos.

—El impacto que el suicidio de mi hermana tuvo sobre la familia fue brutal. Ninguno de nosotros estaba preparado para algo semejante. Su voluntad de muerte

lo emponzoñó todo. Y fíjate que en este caso al menos existió un motivo comprensible a la hora de afrontar el duelo de tamaña tragedia... Nada que ver con lo sucedido con tu madre.

—Ahí es donde querías llegar —observó él con pesadumbre.

—Ya sé que no son cosas del todo comparables. Tu madre se ahorcó y nunca supisteis lo que la llevó a quitarse la vida. Esa pregunta sin respuesta marca una gran diferencia con respecto a la muerte de Laura, aun así...

Zoé se interrumpió para tomar una gran bocanada de aire que le dejó un regusto a salitre y a alga marina en la garganta. Era consciente de la expectación que había generado en Arturo y ello socavaba en cierta medida la firmeza con la que deseaba exponerle una idea largamente gestada.

—Lo que quiero decir es que verme obligada a encarar lo sucedido con Laura me reveló la verdadera dimensión de lo que tuvo que acarrear para ti el suicidio de tu madre. Esa epifanía arrojó una luz muy distinta sobre tus bajones anímicos, tus comportamientos erráticos, tu propensión a la huida... al abandono...

La mirada de su antiguo amado la atravesó y se mantuvo largamente durante un largo instante muy lejos de ella.

—Aunque me hayas perdonado no voy a dejar de sentirme culpable.

—Nada en esa comprensión de tus circunstancias tiene que ver con el perdón.

—Entonces... el rencor aún perdura.

—Te entiendo. Acepto y asumo cuanto me hiciste vivir, lo bueno y lo malo. Partiendo de ahí, ¿qué sentido tiene perdonar?

Un jirón de nube fragmentó fugazmente la esfera perfecta del sol matutino haciendo que un liviano juego de sombras serpenteara por los rostros emocionados de Arturo y Zoé.

—Gracias... No sé qué más decir. Sigo y seguiré sintiéndome culpable por haber envenenado tu percepción del amor... Sin embargo, con lo que acabas de explicarme, yo...

—Hasta este mismo momento ignoraba la gran necesidad que tenía de que tú lo supieras —lo interrumpió Zoé aferrándose a uno de sus brazos.

Él acarició con el pulgar los labios húmedos de ella y masculló unas palabras ininteligibles.

Las horas que siguieron se constituyeron en una pléthora de confidencias, revelaciones y añoranzas.

Después de pagar la cuenta y bordear con pasos caudenciosos la dársena durmiente, Arturo le propuso subir a una de las barcazas que iban hasta Santa Cristina y en su voz viril cuajada de ensueño infantil reconoció Zoé la chispa de un antiguo fuego devastador.

—Es tarde para embarcarme.

Arturo soltó una carcajada amarga y se apartó delicadamente de ella. Antes de darle la espalda y encaminarse hasta el lugar donde estaba atracada la barcaza le

guiñó un ojo con una complicidad que Zoé recibió como una bofetada.

Al contemplar cómo la embarcación se iba empequeñeciendo junto con Arturo a medida que surcaba plácidamente la gema tallada del Atlántico verdiazul, Zoé recordó una pregunta que algunas horas antes él le había formulado:

—¿Eres feliz?

Zoé se había tomado un tiempo para responder y luego, mientras se acariciaba disimuladamente el vientre palpitante de una vida a la que él fue ajeno durante todo aquel reencuentro, había dicho:

—Ahora estoy en paz.